

volvió á saludarla finamente y fué á ocupar su asiento á la cabecera de la mesa. Era ya el huésped más antiguo y la presidía.

Por cierto que doña Nicolasa no pudo menos de asombrarse de que en tan poco tiempo, en dos meses, su marido hubiera experimentado tan notable mudanza. Nunca le había visto ella tan arriscado y tan fino, ni tampoco tan bien vestido y llevando la ropa con tanto garbo y gentil desembarazo. Aquel chaleco blanco primorosamente planchado, aquel cuello de camisa con los picos doblados, aquella corbata sujeta con una sortijilla en que relucía una piedra que sin duda era preciosa, el pelo peinado y abierta la raya en medio del cráneo, la cara pulcramente afeitada, y en fin, el aire desenfadado y resuelto de su persona daban al diputado un aspecto completamente nuevo á los ojos de doña Nicolasa. El, en su casa de Cabezabaja, tan arisco y poco expansivo, en la fonda de Madrid bromeaba y reía, hablando con los demás huéspedes, entre los cuales había otros dos diputados de la mayoría que se sentaban á derecha é izquierda del presidente.

—Tarde nos retiramos anoche, D. Gil, díjole uno de los colegas... Le oí á usted toser en la galería..., serían las tres de esta madrugada... Yo no podía dormir.

—Sí, ayer hice todo el día la vida del hombre malo, contestó don Gil muy jovial.

—¿Jugó usted y perdió?..

—Algo hubo de eso...

—Si no fuera usted calaverón y hubiera ido como nosotros á oír á Gamazo...; pero no pareció usted por el Congreso.

—Estuve en *Fiesta alegre* toda la tarde, y me costó veintitantos duros que me hizo perder el *chiquito de Andoain*...

Desde allí fuí al Casino, donde nos reunimos á comer y á quitar el pellejo á Gamazo algunos diputados vinícolas, quiero decir interesados en...

—Ya, ya entendemos.

—Amigo, en el Casino se come bien, pero bien. ¡Qué sopa de rabo de buey! ¡Y qué langosta con mayonesa!.. Y un vino de Jerez que quita las penas.

—Y luego irían ustedes á la reunión de la comisión de los vinos en el Congreso...

—Yo, no; encargué á Pitos que dijera que me adhería á lo que se acordase, y me fuí al Circo á ver á la *Bella chiquita*.

—¡Por la tarde el *Chiquito*, y por la noche la *Chiquita*! D. Gil, le veo á usted en camino de perdición.

Y D. Gil se reía como un bobalicón.

—Es la tercera vez que veo á la *Bella chiquita*, y lo que siento es que le van á prohibir bailar por el escándalo que arma el público.

—Yo no la he visto.

—Ni yo.

—Pues aconsejo á ustedes que la vean.

—¿Es muy niña?..

—No, señor, veinte años y pico...; pero una mujer superior..., de la que no se ve así como se quiera.

—D. Gil no contará esas impresiones á su señora, me parece.

—¡Ja, ja! Dios me libre. Si ella supiera quién es la *Bella chiquita* y que he ido á verla tres veces, ya

tenía yo jaqueca para el resto de mi vida... Y tampoco le mandaré este retrato de la individua que compré anoche por dos pesetas.

—¡A ver, á ver!..

Y el retrato pasó de mano en mano hasta llegar á

—¡Todo acabó entre nosotros!.. Yo no quería creer que tuviera usted tan poca vergüenza, y he venido á convencerme. Convencida ya, me vuelvo á Cabezabaja...

—¡Por Dios, Nicolasa!.., murmuró corrido y confuso el gran cacique.

—¡Nada, hemos concluído!

Y le volvió la espalda; pero D. Gil la siguió, y entre éste y la Montilla hicieronla entrar en el cuarto número 13. Las explicaciones de D. Gil fueron largas y expresivas. Dice la Montilla que hasta lloró...

El caso es que doña Nicolasa continúa en Madrid y vive con su marido en un cuartito amueblado de la plaza de Oriente, donde frecuentemente come con el matrimonio la traviesa Montilla. Esta ha logrado poner en paz á D. Gil y á doña Nicolasa.

Pero como el lance de la fonda se ha sabido, y hasta los periódicos lo han contado, bien que callando los nombres, en el Congreso toda la mayoría llama al diputado por Cabezabaja el *marido de la condesa Nicolasa*.

C. FRONTAURA

NUESTROS GRABADOS

**Excmo. Sr. D. Arsenio Martínez Campos.** — La biografía de este ilustre caudillo es, por decirlo así, la historia militar de España de cuarenta años á esta parte: en Africa en 1859 y 1860; en México en 1862; en Cuba desde 1869 á 1872; en Cataluña y en Valencia en 1873; en el Norte en 1874, otra vez en Cataluña en 1875 y en el Norte en 1876 y en Cuba hasta 1879, dondequiera que ha habido enemigos de la patria que combatir, allí ha estado Martínez Campos luchando contra los marroquíes, contra los carlistas, contra los cantonales, contra los insurrectos, siempre bravo como el primero de los valientes, siempre sobrio como el último de los soldados. Enumerar sus hazas

mientras sirvió á las órdenes de jefes superiores es tarea punto menos que imposible; señalar sus éxitos como general, muy difícil: con decir que acabó con el carlismo en Cataluña y en las provincias septentrionales, con el cantonalismo en Valencia y con la insurrección separatista en Cuba, queda probado que tiene sobrados títulos al agradecimiento de la patria y al respeto de cuantos de buenos españoles se precian.

Iniciada la actual campaña de Melilla, la nación en masa le señaló como el general que allí debía acudir á salvar el honor comprometido de nuestra bandera. Las circunstancias han hecho hasta ahora que su acción se limitase á la construcción del fuerte de Sidi Auriach, y aun cuando esto á muchos les parece poco, bastante es si se tiene en cuenta la oposición que á esta obra hicieron los rifeños, los cuales juraban morir antes que consentirla. Mas si algún día la lucha se empeña, el valor y la pericia de Martínez Campos y el prestigio de que goza en el ejército son prenda segura de la victoria de nuestras armas.

D. Arsenio Martínez Campos es capitán general de ejército, posee la gran cruz de San Fernando, la de San Hermenegildo y la del Mérito Militar por servicios de guerra, la de la Torre y de la Espada de Portugal y la de Leopoldo de Austria; es caballero del Toisón de Oro y Gran Cordon de la Legión de Honor y tres veces benemérito de la patria. Procede del arma de Estado Mayor, de cuya escuela ha sido profesor varias veces, y cuenta actualmente cuarenta y un años de servicio y sesenta y tres de edad.

Con el del general en jefe del ejército de Africa publicamos los retratos de sus ayudantes el comandante de infantería D. Rafael Moreno y los primeros tenientes de caballería D. Miguel Martínez Campos, marqués de Batzán, título que recuerda uno de los más gloriosos hechos de armas de su padre, y D. Laureano del Busto.

**La guerra de Africa. — El fuerte de Rostrogordo** (de una fotografía). — Está situado este fuerte al Noroeste de Melilla, á una distancia de 3.500 metros de la plaza y sobre



LA GUERRA DE ÁFRICA. — JEFES DE LA AMBULANCIA ENVIADA Á MELILLA POR LA CRUZ ROJA DE MADRID (De fotografía de S. Muchart, de Málaga)

las de doña Nicolasa, que, poniéndose en pie, rasgó con rabia la fotografía, hizo de ella menudos pedazos, y sin que la Montilla la pudiera detener, fué por detrás de las sillas que rodeaban la mesa hasta la cabecera, ocupada por el diputado, y se los tiró á la cara.

—¿Qué es esto, condesa?.., preguntó sorprendido el legislador.

La Montilla, que había seguido á doña Nicolasa, la recogió en sus brazos, porque la pobre esposa cayó con un síncope cuando iba á increpar al marido.

Todos acudieron á la paciente; sentáronla en un sillón; hicieronla aire; le quitaron el sombrero, que había conservado puesto, y trataron por todos los medios conocidos de hacerla recobrar el sentido.

—¿Quién es esta señora?.., preguntó á D. Gil uno de los diputados.

—Es una condesa que ocupa desde esta mañana el cuarto inmediato al mío... No la conozco, sólo sé que es condesa, que está anémica, que ha venido á Madrid á divertirse y que dentro de unos días vendrá su marido el conde...

En este punto, doña Nicolasa abrió los ojos, se puso en pie, y abriéndose paso se abalanzó á D. Gil y cogiéndole de las solapas del chaleco le gritó:

—¡Infame, infame!

—¡Nicolasa!.., exclamó con espanto el representante de Cabezabaja.

—¡La condesa Nicolasa!.., dijo uno de los diputados, sin poder contener la risa.